
Eucaristía

Antonio de Hoyos y Vinent

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 4336

Título: Eucaristía

Autor: Antonio de Hoyos y Vinent

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de abril de 2019

Fecha de modificación: 27 de abril de 2019

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Eucaristía

Ah! le douceur de vivre indeciblement pur!

Edmond Harancourt (*L'âme nue*)

A don Carlos Octavio Bunge

Genuflexos, ante el altar del Santo Gonzaga, oraban en la gloria de la mañana de mayo, bañados en polícroma fanfarria de luz, con que el Sol, filtrándose al través de las historiadas vidrieras, inundaba la capilla. En la iglesia, de ese risueño gótico, todo blanco y oro, típico de las residencias de la orden, la Santa Virgen María fulguraba envuelta en un nimbo de llamas. La cabeza de la imagen se inclinaba ambigua, sin que pudiese saberse si era fatigada por el peso de la corona empedrada de diamantes y zafiros —los heráldicos gules símbolo del amor y de la alegría celestiales— o en un gesto amable de gran dama recibiendo un homenaje mientras con una mano sostenía un Jesús mofletudo, y recogía con la otra su manto de rara magnificencia zodiacal. A sus pies la imagen andrógina del franco príncipe Luis, el Santo, alzaba hacia la bóveda tachonada de luceros sus ojos pintados de azul. En búcaros de irisado vidrio, azucenas litúrgicas erguían sus tallos y abrían el virginal enigma de sus flores mientras a entrambos lados del altar descendían como por la escala de Jacob, angélica procesión de concertantes.

Arrodillados en sus reclinatorios, Juan y Jesús, oraban en espera de la reconciliación con que sus almas puras hallaríanse dignas de recibir la visita de Dios hecho hombre. Cruzados los bracitos lazados de blanco, sobre el pecho, alzadas hacia la imagen las cabezas donde aún no anidara el ave siniestra de un mal pensamiento, eras las preces en sus

labios como cándidas palomas que dejando el nido volaban hacia el trono de Dios.

Rubio, pálido, de doradas crenchas y pupilas de cielo, Jesús, moreno de rasgados ojos de sombra y ensortijados bucles, Juan —Murillo y Rafael— a la endeble elegancia del primero oponía el segundo la viril petulancia candorosa de sus doce años. Y sus figuras eran trasunto fiel de sus almas, toda ternura, temor y melancolía la de Jesús; toda resolución, apasionamiento y valor la de Juan.

Huérfano, rico, noble, enfermizo, confinado, por el egoísmo de sus tutores, en aquel colegio, Jesús, duque de Nazareth, había hallado su defensa, en las duchas de educandos, en la adolescente energía de Juan Jordán, segundón de noble familia provinciana. Eran inseparables los dos amigos; fraternal afecto les unía y la vida deslizábase para ellos feliz, igual, monótona, llena por aquel cariño que les ayudaba a sobrellevar las contrariedades de la existencia de encierro, compartiendo estudios, recreos, devociones, venciendo Jesús la hostilidad de sus compañeros, gracias a la victoriosa y audaz simpatía de Juan, benévolo, a las travesuras de éste, los maestros, ante la intervención del de Nazareth. Así al volar del tiempo llegó, insensiblemente, el día, deseado con fervor, de acercarse a la Sagrada Mesa.

Un débil llamamiento del Padre sacó a Jesús de su devoto rezar y llevole a los pies del confesionario; el negro manteo abríase como dos alas negras, inmensas —alas que dicen servir para volar al cielo— aprisionado al Inocente. La mano enjuto, descarnada, dorada de tabaco posose en la áurea guedeja y la voz pastosa tras breve musitar de oraciones comenzó las preguntas de rúbrica.

—A ver hijo si recuerdas algún otro pecadillo... Piensa que Dios Nuestro Señor que murió por nosotros te hace hoy la gran merced de venir a ti.

Tras un instante de pausa la voz pura negó:

—No, Padre.

—A ver —insistió el cura—. Piensa bien... Alguna mentirilla... Alguna falta de respeto...

—No recuerdo, Padre —tornó a replicar.

El confesor se detuvo y miró al niño. La divina claridad que emanaba de sus ojos, ojos de color de cielo irradiaba sobre el rostro cándido prestándole un aura de luz.

—¿Papás no tienes, verdad hijo mío?

—No, Padre.

—¿Hermanitos? —interrogó nuevamente.

—Tampoco.

Calló el presbítero de nuevo. Vacilaba; aquel candor que lucía en el rostro infantil le imponía respeto. Sin embargo siguió:

—¿Amigos?... ¿Algún amigo a quien quieres mucho?

Con espontaneidad entusiasta replicó vivaz:

—Sí, Padre, uno a quien quiero mucho, Jeck. Es como un hermano.

Los ojos sagaces, fríos, grises, que penetraban cortantes como navajas en la carne escudriñaron al penitente como si quisiesen leer hasta el fondo de su alma. Reflejaba inocencia tal que el jesuita vaciló. ¿Seríale permitido sondear abismos que tal vez no existían?

La pregunta infame detúvose en sus labios un instante y al fin surgió velada.

El niño con los ojos muy abiertos, llenos de temor y asombro

denegó enérgico con la cabecita de querube, apretando los labios para no sollozar e inclinando la frente para recibir el exorcismo de aquella cruz que borraría el pecado pero no retornaría el candor perdido.

Nuevamente arrodillado ante el altar esperaba el supremo instante. De lo alto de la bóveda, el órgano dejaba caer sus notas graves, armoniosas; un coro de voces entonaban un Hosana a la gloria del Hacedor. Y el Sol, triunfal, rutilaba en los dorados y espolvoreaba con el iris de sus rayos el recinto Santo. Ante el eucarístico misterio, hasta una docena de niños arrodillados hacían ofrenda de sus vidas. Eran los unos frescos y rosados como —311 plebeyos frutos, eran los otros pálidos y elegantes como infantes de un legendario país de ensueño. El oficiante revestido con magnificencia avanzó hacia ellos sosteniendo en una mano el cáliz de oro incrustado de piedras preciosas y en la otra la hostia, cuerpo de Dios, mientras sus labios murmuraban las preces litúrgicas.

Juan y Jesús habían inclinado la frente entre sus manos y arrobados daban gracias por la alta merced. Pero tal vez la paz había huido de sus almas y algo que no era santo conturbaba su espíritu. Porque hay revelaciones que a semejanza de ciertos trágicos males, con su contacto mancillan una vida entera.

Acabó la misa y fueron a reunirse todos, alegres, locuaces, risueños, con los suyos que les aguardaban en las inmensas galerías.

Juan y Jesús también salieron. A ellos nadie les esperaba. Jordán más fuerte se encogió de hombros y en ademán adorablemente fraternal tendió sus brazos a Jesús. El niño le miró, rechazole suavemente y se alejó llorando...

Madrid, noviembre de 1907.

Antonio de Hoyos y Vinent



Antonio de Hoyos y Vinent (Madrid, 1884-Madrid, 1940) fue un escritor y periodista español, perteneciente a la corriente estética del decadentismo. Ostentó el título de marqués de Vinent.

Nació en Madrid en 1884. De familia aristocrática —era hijo de Isidoro de Hoyos y de la Torre, marqués de Hoyos, y de Isabel Vinent y O'Neill, marquesa de Vinent— recibió una

esmerada educación en Viena, Oxford y Madrid. Su hermano mayor, José María de Hoyos y Vinent, heredó el título paterno de marqués de Hoyos. Heredó el mayorazgo, pero su homosexualidad, que no se ocupó en ocultar, y sus defectos, que hoy pasarían por virtudes, le convirtieron en una oveja negra para la parte menos tolerante de la buena sociedad (su madre le retirará el saludo por haber colgado en el salón su colección de retratos de jóvenes púgiles), aunque no para su amiga e introductora en el mundillo literario, Emilia Pardo Bazán, cuya tertulia casera frecuentaba.

Marqués esteta, abierto homosexual y dandy, aspiró a ser el antihéroe decadente que tantas veces plasmó en sus novelas. En su obra narrativa pueden distinguirse tres fases, marcadas desde el punto de vista temático por el "escándalo aristocrático" (1903-1909), el erotismo de tonos decadentistas (1910-1925) y las aspiraciones filosóficas (1925-final).

Su temática oscila entre el cuento de terror, lo erótico y lo social. Escribió unos 140 títulos. Acertó a veces plenamente con sus satinados relatos cortos ("El maleficio de la noche", "El destino", "El crimen del fauno" o "El hombre que vendió su cuerpo al diablo") y con algunas novelas (La vejez de Heliogábalo o El oscuro dominio). Especuló también con imposibles teorías históricas y sociopolíticas (El primer estado, América). En su obra hay ecos de una amplia y extensa cultura. Le influyeron sobre todo autores postsimbolistas y decadentes tocados por el naturalismo como Joris-Karl Huysmans, Jean Lorrain, Madame Rachilde, Octave Mirbeau, y en cierta manera, Pierre Louys, Paul Verlaine y Auguste Villiers de L'Isle-Adam; el Gustave Flaubert de Las tentaciones de San Antonio y los simbolistas Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire.